

## MALETAS

Me fijé en ti en la cinta transportadora y deseé con todos mis bolsillos y candados que el mozo nos lanzara juntos a la bodega. Eras de una marca francesa y tenías un estampado cosmopolita precioso, con rascacielos, globos y leones del Serengeti, aunque apenas se distinguían las figuras, porque, para protegerte, tu dueña te había momificado con un plástico. Eras mucho más joven que yo, que parezco la maleta de Willy Loman o el baúl de la Piquer, cascado y descolorido después de tanto tute. Pero, ojo, que no me quejo: nací para ver mundo y gracias a mi amo lo he visto, y prefiero estas amigas a la inexperiencia presuntuosa de la juventud.

Tuve suerte, o la tuvimos. Nos pusieron piel con piel, o, mejor dicho, piel con plástico, y, como el resto del equipaje facturado, empezamos a hablar de nuestras cosas. Teníamos tiempo -ocho horas por delante- hasta que la panza del 767 se abriera y volviéramos a rodar por los pasillos del aeropuerto y a pasar frío por las calles, de camino a nuestros respectivos hoteles. Los dos haríamos noche en Manhattan, tú en Greenwich Village y yo en el Distrito Financiero, o sea, Celia Johnson y Trevor Howard en *Breve encuentro*, sin música de Rachmaninoff, nada más que el fragor de las tripas del avión y el cotarro de nuestros semejantes.

Coincidimos en que no era fácil ser maleta, pero los dos preferíamos nuestra condición a la de un florero, que, por lo general, no sale del cerco de polvo de su mesa y nunca es huésped, sino hospederero. Nosotros, como el poeta, hemos andado muchos caminos, y, aunque la mayor parte del tiempo la pasemos en maleteros de coche, taquillas y armarios de hotel, podemos rodar por la Quinta Avenida o detenemos un momento frente al Flatiron mientras nuestros amos se hacen un *selfie*.

Pero, con todo y con eso, qué triste también el nomadismo, la precariedad de estos viajes de larga distancia que se acaban tan pronto; y enseguida tú con los bohemios y yo con los *yuppies* de Wall Street, tú en la calma del Reggio y yo en el estrés de los cafés para llevar, cerámica y cartón, y nunca más, nunca más oír tu voz a gritos ni rozar tus capas de plástico transparente en este bamboleo sin cinturones.

Con la esperanza de encontrarme contigo a la vuelta, te pregunté cuánto tiempo te quedarías en Nueva York, por si los paneles volvían a unir nuestros destinos en la misma puerta de embarque, y, cuando me dijiste que regresarías desde Boston, sentí una punzada en el asa y que las lágrimas me oxidaban el cierre. ¿Qué se le había perdido a tu dueña en Boston? En Boston no hay más que recuerdos, y de recuerdos tú y yo andamos sobrados.

Te miré a las ruedas y pensé que ojalá fuéramos parte de un mismo juego, papá maleta, mamá maleta y quizá una maleta pequeñita de la que podríamos desentendemos porque viajaría en cabina. Tú, elegante como el escaparate de Tiffany, y yo, curtido como el petate de un soldado, comprando perritos calientes en puestos callejeros y libros de saldo para leer a la vuelta. Siendo, en fin, humanos como nuestros padres y no carcasas de recóndito corazón y cicatrices de cremallera.

Sobrevolábamos el Atlántico, tú me contabas que esta era tu tercera salida, tras París y Roma, y yo recordaba la primera vez que me abrí en canal sobre una cama y me puse a digerir las camisas torpemente dobladas por mi amo, sus chanclas y sus cremas, porque nos íbamos a Sharm el-Sheij, al sur de Egipto; y cómo pegaba el sol a nuestra llegada y qué solo me sentía en aquel resort en el que para mí nada estaba incluido, porque no hay nada más deprimente que mirar el mar sin el filtro de otros ojos que ahora sé que solo podían ser los tuyos.

Ellos, los que nos buscan en las tiendas, los que nos eligen y nos sacan de paseo, no son de los nuestros. Nos tienen un cariño distante y no les cuesta abandonarnos en un contenedor cuando empezamos a fallarles o se cansan de nuestro estilo como guardaespaldas. Tú no lo sabes, Parfois -¿tenemos ya confianza para llamarnos por nuestros nombres?-, pero eso es lo que hay al final de la estela, una planta incineradora o, en el mejor de los casos, una segunda vida con una familia que quizá ya no viaje y nos use solo para guardar trastos.

Viajar, como vivir, no es posponer la muerte, sino salir a su encuentro, y por eso hay que amar cada segundo, saborear cada rampa mecánica y aprovechar cada bodega. Cuando el avión tome tierra en el JFK y caigamos en el carro portaequipajes, el reloj iniciará su cuenta atrás. Como en una montaña rusa, desfilarán nuestros volúmenes y colores y, en la pasarela de la sala de recogida, ya no diremos una palabra para que nuestros progenitores no se asusten. Pero en el silencio del adiós, tú sabrás lo fugaz y duraderamente que te he querido, y yo sabré lo fugaz y duraderamente que tú me has querido a mí. El alma de una maleta se compone de intelecto y emociones, pero no de voluntad, por lo que no tendremos el empuje que se precisa para huir, y sé a ciencia cierta que no volveremos a encontrarnos. Tú tomarás un taxi y yo el Air Train hasta Jamaica Station y, dentro de una semana, quizá otra maleta, un fósil, un ataúd como yo, te dé palique en el aeropuerto Logan.

Eres joven, Parfois, te queda mucho mundo que ver, muchos trenes y aviones que tomar, mucha ropa que cuidar y también, óyeme bien, muchas lágrimas que reír y montones de risas que llorar.

Pseudónimo: Dr. AleC Harvey